

## **El cólera morbo de 1834, origen de la fiesta del Cristo..**

**Pedro González García**

Dentro de unos años, el día 5 de agosto de 1984, se cumplirá el ciento cincuenta aniversario del “voto” del Cristo, la promesa que nuestros antepasados realizaron de celebrar una fiesta anual en honor del Santísimo Cristo de la Cruz a Cuestas, en súplica de ayuda y protección en unos momentos terribles: la epidemia de cólera que asolaba a España.

En efecto, no eran años fáciles para nuestro país, apenas recuperado de la Guerra de la Independencia y la pérdida de las colonias, e inmerso en continuas alternativas políticas. El día 29 de septiembre de 1833 moría el rey Fernando VII, dejando como triste herencia una guerra civil. No había pasado aún una semana desde la muerte del rey, cuando un administrador de Correos se ponía en Talavera al frente de un grupo de rebeldes y protagonizaba el primer episodio de las Guerras Carlistas, que durante muchos años enfrentarían a los dos bloques de una España dividida en carlistas, partidarios de la sucesión del rey muerto por su hermano, don Carlos, y en isabelinos, partidarios de Isabel, hija aún niña de Fernando VII, como reina.

Pero esta España dividida, acuciada por la guerra civil, se iba además a ver hundida en un temible mal que no desaparecería totalmente hasta fines de 1835: el cólera morbo, una epidemia que, procedente de las grandes zonas endémicas de Asia, había llegado a Europa en 1832, constituyendo un hito más en la larga serie de catástrofes que durante siglos tuvo que soportar el occidente europeo (pestes, fiebre amarilla, viruela...).

El cólera era una enfermedad infecto-contagiosa, caracterizada por diarrea, vómitos, calambres musculares, anuria y colapso. Tras un período de incubación que puede ir de uno a siete días, el enfermo sufre súbitamente una fuerte diarrea con emisión de heces descoloridas (agua de arroz). Esta abundante diarrea produce una deshidratación extrema que puede provocar un colapso cardiovascular que ocasione la muerte.

Pues bien, esta enfermedad que hoy continúa siendo endémica en ciertas regiones de Asia, como la India (a lo largo del Ganges y del Bramaputra) llegaba a España en enero de 1833, transmitida por un barco de la armada inglesa anclado en el puerto de Vigo. Hasta el verano siguiente se mantendría aislada en Galicia para extenderse por Andalucía en los meses de septiembre a diciembre. Durante el invierno la epidemia amaina. Pero volverá a recrudecerse en el verano de 1834, atizada por la guerra carlista.

Para intentar compensar los triunfos que en el norte estaba obteniendo el general carlista Zumalacárregui, se sustituyó al Jefe del Ejército isabelino, general Quesada, por el General Rodil. El nombramiento de Rodil tuvo lugar el día 9 de julio. Inmediatamente el nuevo Comandante en Jefe del Ejército isabelino inició la marcha con un ejército de 10.000 hombres de refresco, desde Andalucía, junto al a frontera de Portugal, hasta Logroño. Y esta marcha del ejército del general Rodil supuso un fuerte impulso para la epidemia, ya que sus soldados sirvieron de transmisores del contagio y fueron sembrando la muerte por toda la península a medida que la atravesaban. Y entre los lugares afectados por esta carrera de la muerte estaba la tierra de Toledo.

Pero, realmente ¿qué ocurrió en Escalonilla? No son muchos los datos que tenemos. Del texto del “voto” apenas podemos deducir el miedo brutal que atenazaría a todo el pueblo ante la cercanía del mal. Sin embargo, he tenido la

curiosidad de examinar los registros de difuntos de esta época, conservados en el archivo parroquial, y he podido llegar algunas conclusiones, ya que en la mayoría de los casos se puede leer la causa de la muerte de cada una de las personas allí inscritas. Aunque, por supuesto, se ha de admitir un pequeño margen de error, que puede derivarse de la escasez de conocimientos médicos.

En estos registros, el día 11 de agosto de 1834, aparece anotado el primer muerto por “cólico complicado”, extraña expresión utilizada por el cura que inscribía la muerte, no sabemos bien por qué, cuando todo el mundo sabía el verdadero nombre, aunque se desconociesen las causas: el cólera. Este primer muerto era un niño de sólo seis años. Sin embargo, no hay aparentemente más muertes por cólera hasta el día 8 de septiembre en que fallece una mujer con cincuenta y siete años. Al día siguiente morirá una niña de once. Tres muertos más por “cólico complicado” en los días 24, 29 y 30 de septiembre y entramos en el fatal octubre en que he podido localizar el fallecimiento por la epidemia de quince personas, con un momento punta en los días 15 (dos personas muertas), 16 (una persona) y 17 (dos personas). Transcurrido este mes, el cólera desaparece rápidamente de nuestro pueblo: sólo dos niñas de trece y siete años se contabilizan en los días 1 y 3 de noviembre.

Aunque, ya lo hemos dicho, la epidemia permanece en España hasta fines de 1835, desde los primeros días de noviembre de 1834 no parecen quedar más rastros en los registros de defunciones de nuestra parroquia de esta epidemia de “cólico complicado”, que obligaba a los enfermos a morir sin recibir la Eucaristía por las diarreas y vómitos: “Recibió todos los sacramentos de la Penitencia y Extremaunción, no la Eucaristía por viático, por no poder”, dicen los registros.

Resumiendo, salvo error u omisión, murieron unas veintitrés personas de todas las edades entre los días 11 de agosto y 3 de noviembre, cuya muerte podemos achacar al cólera morbo.

Sin embargo, como dijimos antes, el “voto” fue ofrecido al Cristo el día 5 de agosto, antes de que empezase la trágica cadena de muertes. Ya hice notar más arriba que el general Rodil recorrió la península, actuando como vector de la epidemia, hacia la mitad del mes de julio. Y la epidemia iba ocasionando por todas partes un miedo brutal, como podemos ver en estas palabras del escritor romántico Nicomedes Pastor Díaz, que perdió a sus padres en la epidemia: “Una palabra pavorosa resonó por el ámbito de nuestra ciudad, y en su embalsamadora atmósfera discurrió rápido el veneno de la epidemia con la intensidad espantosa de las plagas que el cielo envía. ¡El cólera! ¡La muerte! A los gemidos lúgubres de estos dos fantasmas me estremecí de espanto, yo que más de una vez había deseado ver llegar el término prematura de mi existencia. ¡El cólera! ¡La muerte! Estas tremendas palabras fueron por algunos días sinónimos espantosos. ¡El cólera! se pronunciaba en los umbrales de una casa, y la muerte se llevaba las llaves con el último de los cadáveres que conducía silenciosamente a la huesa la carreta enlutada...”.

El clima de terror que estas palabras reflejan produjo las más variadas reacciones. Podemos, por ejemplo, recordar las matanzas de frailes que tuvieron lugar el 17 de julio en Madrid, cuando alguien lanzó el infundio de que los religiosos habían producido la epidemia al envenenar los pozos de agua,

como nos cuenta don Benito Pérez Galdós en su episodio nacional “Un faccioso más y algunos frailes menos”.

Y fue en este ambiente de pánico y desconcierto donde tuvo lugar el “voto”, antes de que se produjera la primera muerte por cólera en Escalonilla. La epidemia estaba ya instalada en la ciudad de Toledo y en otros lugares de la provincia, como expresamente se dice en el texto del “voto”. Probablemente el contagio rondaba ya en lugares cercanos, o incluso es posible que se hubiesen localizado ya los primeros enfermos que tal vez pudiesen sobrevivir (se piensa que murió en aquella epidemia de cólera una quinta parte de los enfermos afectados, unas 100.000 muertes del medio millón de enfermos que se supone en toda España).

Terrible año de 1834, en que las muertes totales ascendieron a 95 (unas 23 por cólera), cuando Escalonilla contaba sólo con poco más de 2.000 habitantes (en 1833 murieron 54 personas y morirían 56 en 1835). Terrible año de 1834 que viene a sumarse a esa serie de desgracias colectivas que han ido jalonando la historia de nuestro pueblo. Terrible año en que el miedo al fatídico mal y la fe de nuestro pueblo se unieron para dar vida a la fiesta que ahora celebramos, fiesta cuya celebración fue confirmada con motivo de una nueva epidemia de cólera, la de 1885. Pero en este caso se hacía, según se desprende del texto de renovación del “voto”, en agradecimiento al Cristo por haber librado al pueblo del contagio.

Es por ello por lo que en recuerdo y homenaje a nuestros antepasados, me he atrevido a escarbar en las huellas de aquellos tremendos momentos y a escribir estas líneas que no quiero terminar sin antes proponer la preparación de una celebración especial de las fiestas del Cristo de 1984, como conmemoración del 150 aniversario de su origen.